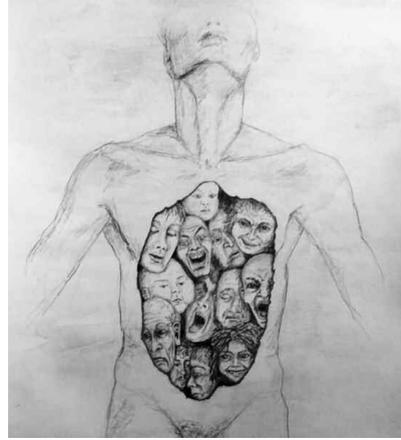


SERIE DORADA

Las huellas de Simmel en la nieve: una lectura de Filosofía del dinero

por Javier VEGA GÓMEZ



Lea Ziro, *Contengo multitudes*. Lápiz y acuarela.
50x35 cm. 2014.

GEORG SIMMEL, *Filosofía del dinero* (1900), trad. de Ramón García Cotarelo, Capitán Swing, Madrid, 2013. 612 páginas.

Amanece en Berlín, es diciembre de 1928 y la primera nieve del invierno cubre la ciudad. Marthe Müller se desvela y desde la ventana mira al exterior, se siente como en un país extranjero. Aterida pero emocionada sale a las calles de la ciudad. A *fräulein* Müller un Berlín nevado le resulta extraño:

[La nieve] altera todas las reglas...libera a la ciudad de toda lógica y geometría. Los perfiles se vuelven romos, los espacios abiertos se difuminan sobre los obstáculos; la nieve suaviza y unifica. Esta noche las leyes de la perspectiva han quedado obsoletas¹.

Si miramos al suelo, vemos sus pasos negros impresos sobre blanco. Si miramos sus huellas, vemos la tierra y, en ella, las reglas, la lógica y la geometría que el hielo esconde. Como las pisadas de Müller recortadas en la nieve que aparecen en una de las viñetas de la novela gráfica *Berlín, Ciudad de Piedras* de Jason Lutes, las huellas de Georg Simmel (1858-1918) nos desvelan la geometría de la ciudad.

¹ Jason LUTES, *Berlín, Ciudad de Piedras, Libro Uno*, Astiberri, Bilbao, 2013, p. 115.

Simmel es uno de los pensadores alemanes más notables. Su obra constituye un referente ineludible de la sociología, pero por las características de sus escritos e ideas esta rebasa cualquier encorsetamiento disciplinario. En muchos sentidos, este estudioso alemán ha sido considerado un pionero. Sobre todo, porque supo identificar tendencias sociales que en su época eran atisbos de una futura sociedad aún por consolidar. Se suele decir, a modo de chascarrillo, que los científicos sociales son buenos adivinando el pasado. Esta suerte de Casandra al revés no encontraría su encarnación en Simmel quien, sin necesidad de acudir a sofisticados métodos de prospectiva, fue capaz de intuir algunas de las características de la sociedad del siglo veinte.

Berlinés de nacimiento, Simmel acabaría sus días en Estrasburgo, donde conseguiría la cátedra que nunca obtuvo en Berlín, a pesar de que contaba con el apoyo de pensadores tan relevantes como Max Weber (1864-1920)². Como explica José M. González García:

Simmel era un ‘extraño’ en el sistema académico alemán, tanto por su carácter de ensayista frente a la concepción enciclopédica del saber dominante en la época, como sobre todo por su condición de judío en un ambiente universitario marcado ya claramente por prejuicios y tendencias antisemitas³.

Aunque, como apunta Jürgen Habermas, lo que más distanciaba a Simmel de sus coetáneos era una mentalidad sensible capaz de detectar los estímulos propios de su época⁴.

De su biografía destaca el lugar en el que durante gran parte de su vida dejaría sus huellas sobre la nieve: Berlín⁵. Esta ciudad le brindó la oportunidad de corroborar las que serían las conclusiones de su obra. “Simmel sabe más de la sociedad del consumo por berlinés que por sociólogo” escribe José Miguel Marinas⁶. Lo cual no deslució la agudeza del filósofo sino que pone de manifiesto su capacidad para encontrar lugares donde solo había espacios sin significado. Es decir, donde se desarrollaban meras escenas de una vida urbana cotidiana nues-

² José M. GONZÁLEZ GARCÍA, “Max Weber y Georg Simmel: ¿Dos teorías sociológicas de la modernidad?”: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 89 (2000), p. 74.

³ *Ibidem*.

⁴ *Ibid.*, pp. 74-75.

⁵ Hasta 1914, con 56 años, no se marcharía a Estrasburgo para ocupar una cátedra, lugar en el que moriría cuatro años después.

⁶ José Miguel MARINAS, “Simmel y la Cultura del Consumo”: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 89 (2000), p. 183.

tro autor encontró un sentido y donde bullía un trasiego apenas coherente dilucidó un repertorio de lugares que hoy en día nos resultan comunes.

Simmel fue consciente de uno de los rasgos más sobresalientes de la naturaleza humana: “La capacidad limitada de absorción de nuestra conciencia y el carácter ahorrativo y finalista de su empleo” (p. 140). Por tanto, el pensador debe saber discriminar y concentrar su oído en las pocas notas que destruyen el sinsentido del ruido. En opinión de Marinas, la sociología de Simmel es impresionista⁷; en efecto, la vocación por captar ideas perfectamente sencillas y claras que inflamaría la imaginación de pintores pero también de músicos como Claude Debussy (1862-1918) puede ser comparada con la sensibilidad del sociólogo alemán.

¿Cuál es el propósito de *Filosofía del dinero*? “Representar los presupuestos que otorgan al dinero su sentido y su posición práctica en la estructura espiritual, en las relaciones sociales, en la organización lógica de las realidades y de los valores” (p. 33). Con estas palabras introduce el autor su obra y nos presenta los mundos que aparecerán en ella: un mundo interno, un mundo social, un mundo epistemológico y un mundo axiológico.

El presente artículo reconstruye una lectura particular de *Filosofía del dinero*. Tres puntos radiantes harán emerger una imagen personal y parcial del libro. El primer punto tratará del dinero como objeto filosófico, el segundo, del mundo externo que este representa y el tercero y último, del mundo interno que simboliza. De esta manera se observará el mundo a través de las huellas que en su día dejara Simmel sobre la nieve de Berlín.

LA MONEDA QUE FUNDE LA NIEVE: EL DINERO COMO OBJETO FILOSÓFICO

Extendida la nieve sobre la ciudad tiraba
monedas para fundirla.

Para Simmel el dinero es un objeto de conocimiento que facilita la comprensión del mundo. Pero, encontrado el objeto, nuestro autor necesita de un método para estudiarlo. En este sentido podemos hablar de *usos filosóficos* del dinero. Con esta aproximación no se puede ser ni exhaustivo ni obcecado y, por tanto, se ha de ser consciente de la relectura que hacemos para identificar formas latentes de usos del dinero en la filosofía de Simmel. Estos usos filosóficos se desplegarían en tres sentidos: el sentido metafórico, el sentido simbólico y el sentido idealista.

⁷ Ibid., p. 186.

La metáfora implica un uso retórico de las palabras y el mundo. Mediante este tropo, la palabra empleada cobra un significado distinto al originario, pero sin que este se desvincule totalmente de su primer sentido y asociándolo con la imaginación al contexto particular en que se emplea. Simmel jamás lo dice pero nosotros a partir de la lectura de *Filosofía del dinero* podemos escribir: *el dinero es el mundo*. De esta manera hacemos un uso metafórico del dinero más evidente del que hace el berlinés, pero no por ello ajeno al uso que se le da en el libro.

El uso metafórico del dinero en Simmel supone comprender el mundo a través de él, pero no porque este lo represente sino porque hay una elección consciente de este tropo para transfigurar su comprensión. La metáfora es una experiencia y un deseo por comprender, supone una situación volitiva o anhelante que sí es reconocida como distintiva de otras situaciones por el filósofo. Él escribe “así como el mundo del ser constituye mi representación, el mundo del valor constituye mi anhelo” (p. 54) y, por tanto, el valor como anhelo se manifiesta en el deseo de utilizar o valorar voluntariamente la economía monetaria como metáfora del mundo. Dado que la metáfora no es un mero uso lingüístico, una vez transformado el dinero en tropo, ni este ni el mundo son ya el mismo. En definitiva, al elegir el dinero como metáfora del mundo este último cobra un sentido particular.

El reconocimiento de la costumbre simbólica del ser humano es otra de las aportaciones más destacables del libro de Simmel. Esta costumbre tiene un sentido adaptativo a las circunstancias de la modernidad. Gracias a la operación simbólica se generan “más resúmenes, condensaciones e imágenes de las que eran necesarias en las circunstancias más simples y más estrechas” (p. 158) de sociedades menos desarrolladas. La ventaja del símbolo, según Simmel, se encuentra en la capacidad de condensar “la plenitud de los elementos —fuerzas, sustancias y acontecimientos— con los que se actúa en las sociedades más avanzadas” (p. 159). El berlinés reconoce, incluso, capacidad de gobierno en los símbolos porque estos tienen el poder de imponer regularidad en la existencia de las cosas (p. 158) y, por tanto, la capacidad de hacerlas manejables o gobernables. El uso simbólico del dinero se deduce en Simmel de su propósito de insertarlo en una corriente cultural que se caracteriza precisamente por tener una costumbre simbólica (p. 161).

Lo anterior tiene, a efectos de nuestra lectura de *Filosofía del dinero*, dos consecuencias. En primer lugar, nos hace suponer que la costumbre simbólica permite la existencia del dinero. Y, en segundo lugar, que el dinero es símbolo de nuestra sociedad. Posteriormente trataremos qué características tiene el dinero

para poder representar la sociedad contemporánea. De momento, decir que el dinero constituye una singularidad de nuestra vida desde la cual entendemos el todo.

Desde el punto de vista del *uso idealista* del dinero se trata de reconocer en él una idea y, como tal, un plan dispuesto en la fantasía para la formación de una obra. Simmel ve en la pecunia una creación de circunstancias sociales. La economía monetaria es una forma social creada por el ser humano pero “el dinero ‘trabaja’, es decir, que realiza su función según fuerzas y normas que no son idénticas con las de su propietario, sino relativamente independientes de este” (p. 392).

Con este uso idealista Simmel está poniendo de manifiesto una “influencia por medio de la cual el dinero ayuda a determinar el contenido de la vida, su forma y su orden” (p. 595).

En conclusión, de la lectura de *Filosofía del dinero* deducimos que al acuñarse una moneda quedan en el preciado metal grabados una metáfora, un símbolo y una idea. Son estas impresiones las que hacen del peculio un objeto filosófico capaz de fundir la nieve.

LA MONEDA QUE HACE TEMBLAR EL SUELO: EL DINERO COMO SÍMBOLO DE LA SOCIEDAD

Los sismólogos descubren el grado
de la escala Mercalli de un terremoto, sin llorar
por sus víctimas pero sin que ello signifique que
aprueban el seísmo⁸.

La aguja en el sismógrafo representa la pisada sobre la ciudad. Simmel mirando una moneda entiende la sociedad y, como si de un sismómetro se tratara, aprecia el temblor del mundo. Para comprender la unión de la sociedad y el dinero en el libro de Simmel empezaremos definiendo ambos conceptos y, con posterioridad, nos adentraremos en la imagen del mundo que de él emerge. Miraremos más al dinero que al mundo porque entendemos que este, en la obra de Simmel, representa a la sociedad: una moneda en la mano es un trozo visible de este mundo.

La sociedad se define canónicamente como “un sistema de relaciones sociales estructuradas que reúne a las personas en función de una cultura comparti-

⁸ Claudio MAGRIS, *El Danubio*, trad. de Joaquim Jordà, Anagrama, Barcelona, 2014, p. 43.

da”⁹. Desde el punto de vista sociológico la sociedad se aprehende desde la estructura o desde la acción, es decir, como un sistema estructurado o una acción o interacción individual. Simmel nos propone una definición más sentida, más vivida y menos teórica. Una conceptualización en la que intuimos una posición filosófica asentada en el sentir en el mundo. Según este autor “la sociedad es aquella construcción suprasingular que aún no es abstracta” (p. 95). Tal definición nos permite entender la sociedad como red y, a la vez, raíz, porque nutre y atrapa al mismo tiempo. La sociedad está asentada, pero intenta volar o abstraerse. “A través de ella, la vida histórica se libera de la alternativa de discurrir, bien a través de los meros individuos, bien en generalidades abstractas; es una generalidad que, al mismo tiempo, posee una vida concreta” (p. 95). Simmel nos enseña que al nombrar a la sociedad mentamos una generalidad o una abstracción en la que vivimos y sentimos. En otras palabras, el estudio de la sociedad atrapa una abstracción, pero se nutre de un vivir.

En la obra desfilan una infinidad de características atribuibles al dinero. La que nos resulta más intuitiva lo concibe como una propiedad poco exigente (p. 362), de hecho, “cualquier otra propiedad plantea exigencias mucho más determinadas para el individuo y ejerce influencias también mucho más determinadas sobre él” (pp. 362-363). El dinero es liviano y cuando lo obtenemos se “encuentra en él un algo indeterminado, que no puede satisfacer ningún anhelo...y que, por razón de su esencia absolutamente vacía, se escapa a toda relación auténtica con nosotros” (pp. 279-280). Esta liviandad es la que lo hace un objeto que está por encima de todo, es mediador de relaciones sociales, se integra en todas las cosas y se rige por normas que han surgido de él mismo (p. 123).

Simmel define el peculio como “una acumulación abstracta de valor; como objeto visible, el dinero es el cuerpo con el que se cubre el valor económico” (p. 120). Todas las características apuntadas en el libro son coherentes con su finalidad: ser capaz de valorar. Su liviandad y capacidad son las que lo hacen símbolo de la sociedad.

Entre el símbolo y lo representado hay armonía. El dinero pudo ser una nota disonante pero, una vez que tembló el mundo, se adaptaron recíprocamente para formar una polifonía armónica. “El dinero es el símbolo de la unidad indescriptible del ser, en sentido estricto y empírico, de la que surge el mundo” (p. 594). La moneda liviana y generadora de valor representa una entidad genérica pero no abstracta a la que llamamos sociedad. Desde este momento una vez diseñado el

⁹ Anthony GIDDENS, *Sociología*, trad. de Francisco Muñoz Bustillo Llorente, Alianza Editorial, Madrid, 2007, p. 926.

vínculo con la sociedad podemos abordar la siguiente pregunta: ¿qué sociedad representa?

Con el afán de un lector ávido de conclusiones definimos la sociedad representada como aquella que constituye una red de interacciones sociales recíprocas, apoyadas en una forma social llamada dinero y que tiende a la cosificación de su entorno a través del consumo. De esta manera desvelamos los que a nuestro juicio son los cuatro elementos fundamentales de la sociedad que está describiendo Simmel: 1. las interacciones sociales; 2. las formas sociales; 3. la cosificación; 4. el consumo.

Simmel afirma que “la acción recíproca más pura ha encontrado en el dinero la más pura representación” (p. 132) y, dada la importancia que para él tiene lo recíproco, está aludiendo a uno de los aspectos consustanciales a la sociedad. La reciprocidad es un tipo especial de interacción social en la cual el sujeto que interactúa es a la vez objeto de la acción que el otro está realizando. Se trata de la interacción más pura e invoca una suerte de intercambio. No es extraño, por tanto, que la figura del dinero aparezca como mediadora en tal relación de actores. En este sentido, se integra y aparece en una sociedad que requiere de él para poder manifestar una de sus características primordiales: la interacción. Pero esta aparición no se produce neutramente sino que escora las relaciones sociales hacia una interrelación propensa al intercambio. Simmel añade como consecuencia de esta propensión una pacificación de la sociedad (p. 91). Por tanto, a través del dinero, Simmel encuentra la representación de una sociedad pacífica basada en relaciones recíprocas a través del intercambio.

La manera en que el dinero se integra en la sociedad nos da señales de cómo esta se mantiene. Este permite la interacción social y, a su vez, la transforma en reciprocidad e intercambio. El dinero es una forma social que da un sentido particular a la existencia de la sociedad. Simmel en su análisis está reconociendo la importancia de las formas sociales en general y del impacto y utilidad de una forma social en particular.

La cosificación es una de las características más notables de la sociedad que el dinero representa. Implica un proceso social profundo mediante el cual las cosas u objetos inanimados se hacen fundamentales para la vida cotidiana. Simmel habla de objetividad económica (p. 65) y, con ello, no está meramente haciendo referencia a una pérdida de subjetividad en la valoración del mundo, está haciendo referencia a una colonización de los objetos o cosas de nuestra vida cotidiana. El protagonismo que tienen las cosas implica que estas imponen una forma particular de relación con el mundo. Gracias al dinero las cosas interactúan entre sí, nosotros interactuamos con ellas e interactuamos entre nosotros a

través de ellas. Todo lo cual redundaría en que podamos hablar del *mundo de las cosas*. Este es el mundo de la objetividad económica, aquel en el que se produce la “separación del objeto de la relación subjetiva de la personalidad” (p. 65). La cosificación de la sociedad que identificamos en Simmel tiene dos efectos. Por un lado, supone dar una importancia esencial a las cosas, por otro, que la relación objetiva como relación propia de las cosas se extiende por gran parte de la vida.

La rebelión de las cosas y no la rebelión de las masas es “la ‘sublevación de los esclavos’, que amenaza con destronar el autodomínio y el carácter normativo del individuo fuerte” (p. 576). Simmel explica que las cosas alejan al individuo de sí mismo. Esta desviación del centro vital nos hace esclavos de las cosas y de un tipo particular de relación con el mundo. Este proceso queda resumido por el filósofo señalando que el aumento de la cultura material genera un retraso en la cultura individual (p. 533). Como él mismo escribe:

Las cosas que llenan y rodean objetivamente nuestra vida: aparatos, medios de circulación, productos de la ciencia, de la técnica y del arte, están increíblemente cultivados, pero la cultura de los individuos, al menos en las clases superiores, no está igualmente avanzada e, incluso en muchos casos se encuentra en retroceso (p. 533).

Simmel reconoce la existencia de objetos de distinto tipo. Están los que no imponen “limitación en la capacidad de la expansión del sujeto” (p. 386) y los que sí la imponen. La idea de expansión del sujeto, como veremos con posterioridad, se refiere a la capacidad de extensión de la personalidad y esta, a su vez, a la posibilidad del sujeto de hacer que la voluntad se manifieste sobre las cosas (p. 385). Por tanto, según el pensador alemán existen cosas que son refractarias a la personalidad y a la voluntad y otras que no. Esta idea es la que permite a Simmel diferenciar el dinero como objeto distinto a todas las demás cosas, pues es el que más personalidad puede absorber. En definitiva, el dinero es la cosa sumisa por naturaleza, se deja hacer todo porque todo lo puede hacer.

Simmel no utiliza el concepto cosificación pero lo deducimos de nuestra lectura. La gran aportación del pensador alemán es su descubrimiento de que un mundo en el que los objetos inanimados priman sobre las personas no impone una forma objetiva de ver el mundo. Lo que nosotros denominamos como cosificación no implica que el sujeto abandone su subjetividad porque el mundo le exige ser objetivo. Lo que ocurre es que se impone un mundo subjetivo en el que el sujeto deja de tener vínculo con su personalidad. Esta es la que se devalúa.

Aquel no desaparece. Sin embargo, un sujeto en un mundo de cosas se convierte en un sujeto cosificado, carente de personalidad.

Este sujeto sin personalidad, que vive en la sociedad que se representa en el dinero, es el que se lanza sin sentido al consumo. Como el nadador del cuento de John Cheever (1912-1982) que se lanzaba de piscina en piscina para recorrer anodinamente su vida, el sujeto cosificado se desarrolla a través del consumo. El dinero favorece el consumo pero no la propiedad. “La adquisición de propiedad es un crecimiento de la personalidad por encima de la medida del propio individuo” (p. 377); sin embargo, la adquisición de dinero es distinta porque su fin no es la propiedad sino consumir. En Simmel el consumo significa gastar dinero. El énfasis que nos desvela está en el acto de consumir, no en lo que se apropia a través de él. Lo interesante de este acento está en su coherencia con la cosificación anteriormente mencionada y, a su vez, en la necesidad del dinero como instrumento paradigmático de la sociedad: “La ampliación del consumo, por su lado, depende del crecimiento de la cultura objetiva, puesto que, cuanto más objetivo e impersonal es un producto, resulta más apropiado para un número mayor de personas” (p. 541).

La sociedad representada en el dinero es enfática en los componentes que este integra. Las monedas están hechas para rodar. “La importancia del dinero reside en que es algo que se entrega; mientras no está en movimiento no es dinero” (p. 610). En su circulación se despliega el consumo. Ni la propiedad ni la producción son componentes del dinero. Sin embargo, Simmel comprende que este tiene una posibilidad productiva (p. 266); de esta manera su teoría filosófica se desliza hacia la teoría económica de las finanzas.

En el tañido de las monedas se escucha el mundo. El dinero representa una sociedad concreta. En las definiciones de la sociedad y la economía monetaria que encontramos en *Filosofía del dinero* se percibe el mundo en que vivimos. Por todo ello, Simmel es precursor en su análisis de muchos de los aspectos que posteriormente analizaría la intelectualidad del siglo veinte.

EL ALIMENTO QUE SE CONVIERTE EN ORO: EL MUNDO INTERNO Y EL DINERO

Después de haberse comido el mundo el
río interno contuvo arenas auríferas.

Nicolas Poussin (1594-1665) pinta la escena en la que Midas agradece a Baco haberle revocado el poder de convertir en oro todo lo que tocaba. Al fondo puede verse a un personaje anónimo que descubre oro en las aguas de un río, presumiblemente el Pactolo. Según cuenta la leyenda, al rey frigio se le concedió un don

que se tornaría en maldición y, solo tras bañarse en este río, pudo desprenderse de él. Serían las aguas de tan preciado curso las que se quedarían con este poder, convirtiéndose en oro su árido sedimento. Lo que el vientre del rey no pudo soportar sí lo soportó el del río pues, según cuenta la leyenda, el revocable don lo iba a matar de inanición por convertir en oro todo el alimento que agarraba.

Si seguimos las huellas que Simmel deja al escribir *Filosofía del dinero* llegaremos a un interior humano que se ha convertido en el asfixiante e inane oro del rey Midas, un mundo interno hecho a la medida del dinero porque “las cosas no tienen por qué ser necesariamente económicas, pero, una vez que lo son, únicamente pueden serlo cuando se someten a la ley del valor que está condensada en el dinero” (p. 611).

Aceptada la propuesta de estudiar el gobierno del individuo atendiendo al *yo* de cada persona¹⁰, el mundo interno que se deduce de la obra de Simmel se corresponde con su exaltación, tal y como lo estudia el profesor Javier Roiz¹¹. Aunque en este caso tal exaltación se fija en términos de expansión. Encontramos aquí un vínculo con la definición realizada por Hegel (1770-1831) en el prólogo de su *Fenomenología del espíritu* según la cual el espíritu es más fuerte cuanto más capacidad tiene para exteriorizarse¹². “El viento sopla donde quiere, y oyes su sonido pero no sabes de dónde viene ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu” se dice en el Evangelio según San Juan¹³ aludiendo a un espíritu similar al hegeliano y al desvelado por la expansión del *yo* que anuncia Simmel. Este mundo interno a la medida del dinero engendra un individuo desmedido. Si en las cosas ordinarias existen limitaciones estrechas a las fuerzas de la personalidad, cuando el *yo* usa el dinero los límites se desplazan más allá (p. 387). Por eso, el dinero es un medio, pero se convierte “en el fin psicológico absoluto para la mayoría de los seres humanos” (p. 265) porque el *yo* exaltado se expande con él.

Las fantasías de la voluntad encuentran su expresión en esta expansión exaltada del *yo*. Lo volitivo es un referente esencial en la configuración del mundo interno del ciudadano que utiliza el dinero. Así lo descubre Simmel al describir el peculiar estilo de vida que gira en torno a este. El concepto de *estilo de vida* aparece en *Filosofía del dinero* (pp. 233, 509-612) permitiéndonos dedu-

¹⁰ Javier ROIZ, *El mundo interno y la política*, colección Hispánica Legenda, Plaza y Valdés, Madrid, 2013, pp. 173-176.

¹¹ *Ibidem*.

¹² Eugenio TRÍAS, *El canto de las sirenas*, Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, Barcelona, 2012, p. 128.

¹³ Juan 3:8. *La Biblia*, Ediciones Paulinas, Madrid, 1988, pp. 1520-1521.

cir que estamos ante una configuración histórica y social particular de la humanidad no generalizable en el tiempo y tampoco intrínseca a la naturaleza humana. Esta configuración desemboca en un orden interno del individuo que exalta la voluntad y, por tanto, el dinero “se suma a las grandes fuerzas culturales, cuya esencia consiste en reunir en el punto más reducido la mayor cantidad de poder y merced a la concentración de energías vencer las resistencias activas y pasivas que se oponen a nuestros fines” (p. 219). La economía monetaria pone a disposición de las personas un artefacto cultural destinado a su parte volitiva. El centro ejecutivo del gobierno interno, al disponer del dinero, puede atender sus pretensiones porque este “convierte en el contenido de su voluntad a la situación práctica del hombre...y, al mismo tiempo, representa, exagera y sublima su poder y su impotencia” (pp. 238-239).

La voluntad ocupa una posición privilegiada en el diagnóstico de Simmel. Sin embargo, el filósofo no tiene puestas las anteojeras que le impiden ver el amplio espectro del interior humano. Así lo demuestra cuando escribe:

La voluntad no es más que una de las formas psicológicas (como el ser, la esperanza, etc.) en las cuales viven los contenidos en nosotros, una de las categorías realizadas, probablemente, de forma psíquica, en sentimientos musculares compatibles o de otra clase, por medio de las cuales recogemos el contenido meramente ideal en sí del mundo, a fin de que alcance una significación práctica para nosotros (pp. 509-510).

Simmel reconoce un espacio vano dentro de la voluntad y, por ello, relativiza su sentido dando varios pasos. El primero ya se ha mencionado con anterioridad y supone comprender que la voluntad no es el único habitante del mundo interno del individuo. El segundo, se dirige al descubrimiento de su vacuidad intrínseca pues “no puede dar lugar a nada si no recibe algún contenido que no se encuentra en ella misma” (p. 509). Si el primer paso descubre la imposibilidad de una vida apoyada solo en la voluntad, la segunda desvela el sinsentido de tal pretensión. El pensador alemán reflexiona en unos términos análogos en torno a la noción de libertad. La relativización de la libertad que hace Simmel apacigua el entusiasmo que se puede deducir de la conexión entre esta y el dinero¹⁴. Existen, según el berlinés, dos tipos de libertades: una que simplemente desplaza los límites a la voluntad del individuo y otra que los mueve, pero solo para la

¹⁴ Un buen análisis de la relación entre dinero y libertad en Simmel se puede encontrar en: Andrés BILBAO, “El dinero y la libertad moderna”: *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, n.º 89 (2000), pp. 119-139.

consecución de algún fin o con algún sentido (p. 475). El dinero simplemente fomenta la libertad del primer tipo, es decir, la denominada libertad negativa (p. 477).

La conjunción de una exaltación-extensión vana del yo a través de la voluntad y de una concepción negativa de la libertad ha supuesto que “la periferia de la vida, las cosas fuera de su espiritualidad, se han convertido en las dominantes sobre su propio centro, es decir, sobre nosotros mismos” (p. 575). Esta conjunción redundante en la puesta en sintonía del mundo externo o sociedad y el mundo interno del individuo, pues convergen en una cosificación análoga. A la cosificación de la sociedad antes mencionada ahora le correspondemos con la cosificación del mundo interno del ciudadano.

La economía monetaria impone sus reglas en la forma de apreciar el mundo. “El dinero tiene como resultado psicológico elevar la variación y la complejidad de la vida, esto es, su velocidad” (p. 602). Ante tal escenario de la vida las funciones de cálculo toman el protagonismo, como escribe Simmel:

La energía espiritual que caracteriza las manifestaciones típicas de la economía monetaria es el entendimiento¹⁵, en oposición a aquellas a las que, en general, se llama sentimiento o ánimo y que se manifiestan, fundamentalmente, en la vida de los períodos y esferas de interés no determinados por una economía monetaria (p. 590).

Se descubre, de esta manera, un individuo con un ideal epistemológico exigido por la extensión del dinero y consistente en querer “comprender el mundo como un ejemplo de contabilidad” (p. 527). Simmel demuestra una gran perspicacia al resaltar junto a la extensión del uso del dinero la extensión del uso de los relojes (p. 604). De esta manera podemos entender que si el dinero crea un mundo peculiar, el reloj crea un tiempo también peculiar. Ernst Jünger (1895-1998) ha estudiado el mundo a través de los relojes y afirma en términos muy parecidos a los desplegados por Simmel: “Medimos el universo por sus giros temporales, desde el cosmos hasta el átomo, tanto en sus distancias de años luz como en la inconcebible oscilación que solo pueden expresar las fórmulas”¹⁶. Lo interesante es apreciar como ambos filósofos identifican una tendencia hacia una vida basada en el cálculo a través de dos artefactos generadores de estilos de vida.

¹⁵ La palabra entendimiento no debe interpretarse en su acepción de buen acuerdo o relación amistosa sino en la que alude al raciocinio.

¹⁶ Ernst JÜNGER, *El libro del reloj de arena*, trad. de Pilar Giralt, Argos Vergara, Barcelona, 1985, p. 13.

El cálculo y la voluntad son dos rasgos predominantes en el perfil del individuo monetario. Simmel no hace un juicio de valor al respecto, simplemente entiende a un individuo que vive en una economía monetaria. Seguir las huellas de Simmel nos lleva a un lugar en el que el espejo nos devuelve la imagen de un ser volitivo que calcula, a través del dinero, el valor del mundo y, a través del reloj, el valor del tiempo.

Las patologías producidas por el uso del dinero son estudiadas por Simmel. No ocurre lo mismo con las derivadas del uso del reloj. Claudio Magris nos da algunas pistas al respecto cuando reconoce en Napoleón “la moderna fiebre de la acción que aniquila el *otium* y lo efímero, y destruye el instante en su impaciencia por avanzar”¹⁷. Si el reloj puede infundir una obsesión enfermiza que acelere frívolamente nuestras vidas, el dinero puede suponer una degeneración que culmine en la inanidad de la existencia. “Quien sirve al dinero es el ‘criado de su criado’” (p. 282). Con detalle Simmel va desgranando los trastornos que puede inducir el dinero. De esta manera van desfilando por *Filosofía del dinero* el codicioso y el avaro (pp. 273-284), el extravagante (pp. 284-289), el pobre (p. 290), el cínico (pp. 294-295) y el saciado (pp. 295-300).

De la lectura del libro de Simmel obtenemos una idea del mundo interno del individuo a expensas de la fiebre del oro. Solo cabe preguntarse si ese yo exaltado, extendido y exteriorizado, esa fantasía de la voluntad, esa vacuidad, esa libertad negativa, esa cosificación interior, esa obsesión por la contabilidad o esa propensión hacia lo patológico son síntomas de un delirio o la respuesta interna para aclimatar el mundo interno al mundo exterior. Sea cual sea la respuesta, si somos lo que comemos, nos queda el inane, asfixiante y dorado interior del rey Midas.

CONCLUSIÓN: LOS PIES EN EL SUELO

Sobrepasaban a todos Porfirio y Alcioneo,
que era inmortal en tanto que luchara sobre la tierra
por la que precisamente había sido engendrado¹⁸.

En una de las escenas de la Gigantomaquia representada en los frisos del Altar de Pérgamo puede verse como la diosa Atenea coge del pelo al gigante Alcioneo. La intención de la diosa al prender tan doloroso asidero es arrancar al Gigante

¹⁷ MAGRIS, *El Danubio*, p. 75.

¹⁸ APOLODORO, *Biblioteca Mitológica*, trad. de Julia García Moreno, Alianza Editorial, Madrid, 2010, p. 49.

del suelo. Según cuenta la leyenda, si Alcioneo pierde el contacto con la tierra que le dio nacimiento deja de ser inmortal. De ahí el imposible escorzo representado en el friso: el Gigante intenta mantener su pie en contacto con el suelo para garantizar su supervivencia.

Esta escena nos evoca la importancia de tener los pies en la tierra. Simmel deja sus huellas impresas. Sus pasos son vanguardistas y nos conducen a lugares que en su momento aún no habían sido descubiertos. Esta capacidad de adelantarse a su época se deriva de su sensibilidad de viandante. Son sus pies en la tierra los que nos permiten, cien años después de la publicación de *Filosofía del dinero*, contemplar sus huellas como quien observa un itinerario sobre el mapa de la sociedad contemporánea.